

## ***El delantal del artesano*** **(Literatura y utilidad en el siglo XIX)**

ÁNGEL GUSTAVO INFANTE  
(Instituto de Investigaciones Literarias)

### **RESUMEN**

El arranque de nuestra literatura se demoró atendiendo a las distintas encomiendas de la época. Asumir el nuevo modo de vida y expresar o comunicar sus altibajos constituye la dificultad principal que debieron enfrentar los poetas, pensadores y cronistas en la transición de la calma colonial al proceso separatista y de éste a la fundación de la nacionalidad.

**Palabras clave:** Modos hispanos, americanismo, utilidad-placer

### **ABSTRACT**

The starting of our literature was delayed when facing up the different tasks of the epoch. To assume the new way of life and expressing or communicating its own vicissitudes represent the main obstacles that poets, thinkers and chroniclers confronted during the transition from colonial slowness to separatist process, and thereafter to nationality foundation

**Keywords:** SPANISH AMERICAN WAYS, PLEASURE UTILITY.

## 1. LAS FISURAS DE LA REVOLUCIÓN

**E**l arranque de nuestra literatura se demoró atendiendo a las distintas encomiendas de la época. Asumir el nuevo modo de vida y expresar o comunicar sus altibajos constituye la dificultad principal que debieron enfrentar los poetas, pensadores y cronistas en la transición de la calma colonial al proceso separatista y de éste a la fundación de la nacionalidad.

Al pequeño grupo que comenzó a tomar sus apuntes en las fisuras de la revolución se le hizo el menudo encargo de independizarse de los modos hispanos y, si bien su cumplimiento se dejó como legado a varias generaciones a lo largo del siglo XIX, ya en enero de 1811, desde las páginas del *Mercurio venezolano*, hubo quien observara en Caracas «una grey de poetas» capaz de «cantar las glorias de su regeneración, con plectro digno de la América».

Desde entonces y hasta bien entrada la República la sociedad exige funciones a la literatura para avanzar en la reconstrucción de su cuadro cultural. Ya es suficiente con caminar sobre escombros y recuerdos dolorosos. No se puede soportar una frase suelta, sin sentido práctico. Es preciso eliminar los ornamentos. Por fortuna, las vertientes del Romanticismo vienen a inspirar el espíritu de la época y, en consecuencia, a reducir las barreras, a aplacar los ruidos que estorban el desarrollo literario.

Entre 1810 y 1856 se observa la convivencia forzada, tormentosa, de dos discursos: el de la estética verbal y el de la utilidad. En este lapso inaugural, el discurso literario produce distintas composiciones de ficción, articula los primeros juicios críticos en torno a estos ensayos y promueve las selecciones o antologías respectivas. El discurso de la utilidad, a su vez, desdeña el provecho de aquellas tareas intelectuales y aboga por la producción «comestible», en todas las disciplinas del conocimiento humano.

La reacción se explica en el contexto postrevolucionario, donde apenas se intenta equilibrar la economía de la República Agropecuaria sobre la base cafetalera sin mayor desarrollo industrial y con las

actividades de comercio exterior controladas por una minoría centralista. Condiciones que, vistas en conjunto y a distancia, implican más bien un reconocimiento a la labor de los literatos y publicistas de entonces.

## 2. LA POESÍA ES UN LUJO

En orden cronológico, la nómina del primer humanismo comienza en Bello y se detiene en Acosta. Denuncia formación clásica, información romántica, práctica discursiva ecléctica y una misma noción del lenguaje que les otorga la autoridad de la elocuencia, derivada de la retórica, probada en los distintos tipos de composición escrita y aplicada al modo de la antigüedad, como arte suasoria, en la vida civil.

Esta buena conducta discursiva observarán José Luis Ramos, Fermín Toro, Rafael María Baralt y Juan Vicente González, con el propósito de contribuir con la edificación cultural de la nación y del continente. Se expone el *saber decir* como un instrumento formativo dirigido a enderezar los entuertos y a regir los destinos del cuerpo social. Se produce la poligrafía para reconstruir la sintaxis de las ideas y la semántica de los sentimientos, resquebrajados después de la revolución de la independencia por las contiendas sostenidas entre conservadores y liberales.

Estos mismos humanistas y otros menos conocidos, o desconocidos (se protegen bajo seudónimos, letras iniciales, marcas tipográficas), no sólo están conscientes de su función personal como agentes culturales, con lo cual prestan un servicio específico, conocen también la *utilidad* inherente a la composición artística, estudiada desde Platón y Aristóteles hasta, por lo menos, Villemain.

Es decir, por una parte manejan el concepto del *utile et dulce* de Horacio, estrechamente relacionado con el aristotélico «enseñar deleitando» que rescata Alonso López «Pinciano» en 1596, continúa Nicolás Boileau (1674), traduce Ignacio de Luzán (1737) y se da a

conocer entre nosotros vía Martínez de la Rosa en 1836; y, por otra parte, conocen el método histórico que, según Abel François Villemain, concibe a la literatura como la expresión estética de la sociedad.

No es otro el objetivo perseguido por Andrés Bello en las *Silvas Americanas* (1823-1826). Es esa misma defensa del Americanismo lo que está en el ánimo de Juan Vicente González cuando en 1865 intercede en beneficio de la pintura de la «nativa rustiquez» en Abigail Lozano, ante la «manía zorrillera» señalada por Alejandro Peoli, para ir dando cuenta del encargo inicial.

Sin embargo, lo intangible de los efectos hacen que, desde el ángulo utilitarista, estos esfuerzos sean inútiles. En nombre de la reconstrucción y de un progreso exclusivamente material se articula un mismo discurso en dos versiones: popular y «culta», con un fin común: exigir a la poesía el impuesto al lujo.

La primera muestra localizada data de 1811 y viene en forma de carta enviada al señor José Domingo Díaz —«El portaestandarte de Boves en la prensa», como lo llamará Julio Calcaño—, a la sazón redactor del *Semanario de Caracas*:

Sr. Redactor de la estadística del Semanario: el pueblo ve con desagrado que este periódico lejos de dar lecciones y noticias útiles de agricultura, estadística y demás oficios, se haya vuelto una palestra literaria en que se disputan opiniones que las sabe todo aquel que sabe leer. Al público nada importa saber si Matusalén ha vivido novecientos sesenta y nueve años, si la edad del hombre en tiempo de David era de sesenta, si los patriarcas antediluvianos comían carne, leche, caracoles, frutas, o pescados, ni otras cosas de esta naturaleza. Es necesario que abandone usted contestaciones que no harán otra cosa que llenar inútilmente su periódico destinado a diversos fines; porque si esta tiene lugar serán innumerables las que acudan y la gana de ser autor es enfermedad muy contagiosa. Díganos usted de qué modo cultivaremos con más utilidad nuestro cacao, café y añil, y usted cumplirá con lo prometido, consigo mismo y con el público.

Desde esta suerte de Americanismo aplicado, previo al llamado bellista, el discurso de la utilidad se alterna con el discurso literario. Durante la década de los cuarenta es objeto de chanzas en la

dinámica costumbrista y, específicamente en 1854, un articulista bajo las iniciales L.S. (que bien podrían corresponder al Dr. Luis Sanojo) denuncia la ingrata presencia en *El Ateneo* de Caracas: «Por una extraña aberración se ha generalizado entre hombres pensadores e ilustrados de nuestro país, la opinión de que en Venezuela no debe cultivarse la poesía, por ser un pueblo atrasado en civilización e industria».

De inmediato copia las razones de los voceros: «La poesía y todas las artes que tienen por norte el culto de lo bello, son objetos de lujo únicamente y no tienen por consiguiente cabida en países que carecen de todas las artes que pueden llamarse de primera necesidad para la vida de los pueblos. Tan chocante es que en Venezuela se cultiven la poesía y las bellas letras, como que un hombre que carece de lo necesario, lleve una vida lujosa y regalada. Los aperos de la agricultura, la herramienta del artesano, la actividad de la industria, he aquí lo que conviene al país, que no el laúd no los cantos del poeta».

El indignado publicista atribuye esa sed de justicia en contra del género a la multitud de malos escritores que puebla las páginas de la prensa y trata de demostrar, basado en ejemplos de las distintas civilizaciones a lo largo de la historia, que la poesía siempre ha precedido a la organización de las sociedades. Este ángulo revela una concepción clásica, ajena a la tendencia del Romanticismo Social de la hora que, como hemos observado, considera a la literatura como la más genuina expresión de la sociedad.

### 3. EL DELANTAL DEL ARTESANO

Si el origen material de este tipo de discurso puede ubicarse en el contexto de la reconstrucción, para localizar su fundamentación conceptual habría que combinar dos escuelas filosóficas: la sensuualista y la utilitarista. De la primera da cuenta Manuel Ancízar (1812-1882) entre abril y mayo de 1842, desde las páginas de *El Liceo Vene-*

zolano en dos entregas tituladas «Filosofía», donde aborda las corrientes de la disciplina en los siglos XVIII y XIX. De la segunda, un autor conocido en el país desde –por lo menos– 1839: Jeremías Bentham (1748-1832), cuya *Deontología o ciencia de la moral* puede adquirirse en el Almacén de Rojas, según la oferta aparecida el 4 de agosto en la *Gaceta de Venezuela*.

El trabajo de Ancízar viene a organizar los conocimientos que los humanistas manejaban. La obra de Destutt de Tracy (1754-1836), uno de los jefes de la Escuela de la Sensación o Sensualismo, llega también desde los años treinta. De modo, pues, que la siguiente explicación, pudo ser la base del discurso de la utilidad, en su versión culta:

Para el sensualismo no hay en lo bello nada que sea espiritual e íntimo, nada que esté oculto bajo las formas externas y les comunique la animación indefinible de la verdadera belleza. Lo bello, según la escuela de la sensación, no es más que la materia causando placer a los sentidos, defínelo por colores, figuras, movimientos, y sonidos; la belleza humana la constituye un cuerpo bello y la del universo no es más que un conjunto de objetos bellos bien ordenados, cuya vista produce sensaciones agradables.

Así la poesía se reducirá a una sensación exquisita, fruto de la delicadeza de las fibras que forman los sentidos corporales, o si se quiere, de unos instinto de la vista y del oído, nada de inspiración, de ideas morales ni de conciencia, nada del alma, del mundo invisible ni de Dios (Ancízar, 1842:214).

Desde esta perspectiva, podríamos observar un distanciamiento entre las teorías sensualistas y utilitaristas. En Bentham y en John Stuart Mill (1806-1873) la utilidad es una propiedad existente en el objeto, en cualquier objeto, que tienda a producir beneficio, ventaja, placer, bien o felicidad. Por extensión, el poema es útil (pese a la precocidad implícita en el entendimiento de la composición como objeto artístico) y no una simple «sensación exquisita», cuyo beneficio reside en el placer estético y en la instrucción (tan cara a la época) que ofrece su lectura.

La oposición utilidad-placer no estuvo en el ánimo de las primeras asociaciones formadas para contribuir con la reconstrucción y el progreso de la República. La *Sociedad Económica de Amigos del País*

(1829), cuyos antecedentes podrían buscarse en la Europa del siglo XVIII, y la *Sociedad Literaria «Liceo Venezolano»* (1839), tuvieron como objetivo central la difusión de las luces. Acorde con sus designaciones, la primera dio prioridad al desarrollo comercial e industrial. La segunda, al intelectual. Ambas, a la vez, atendieron la instrucción pública. Los amigos del país crearon las primeras escuelas de Música y Dibujo y los literatos fundaron la Biblioteca Nacional. Dos modos de obtener el beneficio del arte y la literatura e incorporarlo al programa inaplazable del «orden y progreso» positivista que en cuestión de pocos años se pondrá de moda en Hispanoamérica.

El sector que emite el discurso de la utilidad prefiere el desarrollo de las actividades artesanales —la «industria», como se le conocía entonces—, invierte el orden «artes-oficios» en el afán de privilegiar la técnica ante las destrezas propias del genio artístico y se enclaustra para exigir que los provechos tangibles transpongan el umbral del Seminario Tridentino y de la Universidad de Caracas.

Uno de los puntos más altos en esta suerte de cruzada puede observarse en 1856 entre el espaldarazo dado por Cecilio Acosta a la tendencia y la decisión que logra la separación definitiva del Seminario y la Universidad. En la extensa misiva «Cosas sabidas y por saberse», Acosta critica de tal modo el sistema educativo de la máxima Casa de Estudios, que llega a definirla como una fábrica de profesiones sedentarias e improductivas, donde se presentan «lides sin provecho en que no había más armadura que palabras» y se pronuncia, definitivamente, por la enseñanza de lo útil; es decir, por el desarrollo de las artes e industrias, de las cuales «el latín no es el idioma» (1963:162-163). De allí que el futuro autor de «La casita blanca» (1872) —única composición salvada en su exiguo repertorio poético— desee cambiar la pluma del jurisconsulto por el delantal del artesano.

Trece años después, el 8 de agosto de 1869, pronunciará un discurso muy distinto en el Salón del Senado, para dar término a un certamen literario convocado por la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras. Otro parece el orador, otras las palabras usadas para

consignar un pensamiento claro y sereno, que sale de él y se des-  
plaza con elegancia y lentitud sobre la antigua diferencia del *utile et*  
*dulce*: «Las letras son las que han venido labrando este progreso que  
tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro  
orgullo» (Acosta, 1963:7).

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Cecilio. «Cosas sabidas y por saberse» (1856) y «Las letras lo son todo» (1869), en: *Cecilio Acosta* (1963). Caracas, Academia Venezolana de la Lengua.
- ANCÍZAR, Manuel (1842). «Filosofía del siglo XIX». *El Liceo Venezolano*. Caracas, mayo, N° 5.
- FARRÉ, Luis (1945). *Los utilitaristas: Jeremy Bentham, James Mill, John Stuart Mill*. Buenos Aires, Futuro.